

El huracán de todos tan temido

Moisés Peña-Ballesteros

En el estadio del Correcaminos retiembla el sonido local:
—¡Pancho, el Muuudo Banderaaas!

El Mudo salta al templo gladiatorio al frente de los Coyotes del Deportivo Canizales, equipo de Naucalpan que se presenta aquí, en los suburbios terregosos de Saltillo, jugándose la pelleja, la corona y el ascenso a Primera A. Los prometeicos Coyotes, según la prensa asombrada con el equipito de barrio que en un par de años ha saltado desde los llanos al umbral de los profesionales, visten su tradicional albura: medias, pantaloncillos y playera, todo de blanco, hasta los tachones. Sólo el número es negro como sus nervios.

Filiberto Andrade, don Fili, entrenador, director técnico y patriarca del equipo, junta a sus Coyotes para las últimas instrucciones y pide que manejen el marcador:

—Con el número siete, ¡Ernesto Cházaro!

Mientras Andrade habla, el Mudo trata de no pensar en el ascenso, brincar luego a la división grande con sus contratos, debutar en el Azteca un domingo de sol, con miles de fanáticos celebrando sus goles. Sabe que está en camino, que tiene tiempo y disciplina; sólo la impaciencia lo separa del triunfo. Trata de no pensar en el sueño mayor: la playera verde, la selección de todo México. Trata de no pensar, y de concentrarse en este día.

Cinco de la tarde. El árbitro convoca a los capitanes al centro de la cancha. Cielo azul, tarde límpida, transparente como en Tula, tierra de atlantes, la tierra

del Mudo Banderas, donde corría de niño tras una pelota de vinil entre pastizales rubios, donde hacía sus atados de leña para la supervivencia familiar en aquel valle encrespado. Hoy, el Mudo contempla la cima del estadio con banderolas al viento, en oro y negro. Luego se vuelve hacia sus compañeros: cerca de él, Cházaro, Buendía y Marco Tulio, delanteros, y Cheché Ballesteros, el capitán, hombre de experiencia, con quien se coordina en la media. Miedo y esperanza los invaden.

Es el partido de vuelta para la gran final. Definirá a un campeón y a su triste comparsa para el olvido. Todos lo saben. El visitante, Depo Canizales, aventaja dos a uno.

El árbitro ajusta, silbato en boca, su cronómetro, y suelta el pitido inicial.

Comienza la guerra. Veintidós dispuestos al sacrificio para una muchedumbre que aúlla desde tribunas. El ardor traba líneas. Aparecen los primeros codazos, puntapiés y choques hombro contra hombro.

Entre sudores, el liderazgo del Mudo es silencioso. Se comunica a señas, silbidos, frases rotas, monosílabos. Fuera del campo es un hombre normal; dentro, el Mudo Banderas: preciso en cada pase, desenfadado en la gambeta, sereno y consciente de lo que implica su puesto. Con diecinueve años, es su tercera temporada con Canizales. Don Fili lo rescató del fútbol llanero, impresionado porque el anónimo crack no metía menos de dos goles por partido.

El juego, sin embargo, es distinto a los sueños.

Al minuto cinco, Banderas recibe un golpe en los riñones que el árbitro no marca. Pero nada reclama: se levanta del dolor, recupera su posición táctica, lanza tiros de larga distancia, ubica a tirios y troyanos. Apoya la delantera, cubre la zaga. Corre pensando. Atiende al balón como un ginecólogo ante la parturienta, como un viejo frente al chocolate. No le distrae la furia homicida del estadio; aquel rugido sólo es un eco crepitante y lejano: “¡Pinches chilangos mayates!”

Nada oye: sigue en su juego. Tampoco escucha a don Fili.

Para el viejo Andrade cada partido es diferente y todo jugador reacciona distinto. Ahora repasa el parado de sus muchachos en la cancha; con un par de gritos ajusta líneas. Luego pasa al rival: lo desmenuza, lo arma y lo desarma, mide facultades y alcances del enemigo. Alguna vez jugó con la pasión de estos jóvenes. Vagamente recuerda sus días de delantero, el lance que lo retiró de las canchas: media tijera frente a la portería, como el gol que inmortalizó a Manuel Negrete en el mundial del 86. Pero, al jugar en el llano, la suya fue una caída sobre el talón derecho. Luchó contra la fractura hasta que un ortopedista sentenció: “Tienes el talón hecho papilla, volverás a caminar, pero jamás a correr”. Recuperación lenta, gradual; retiro definitivo. Como jugar baraja pero nunca más construir un castillo con sus naipes. Y el regreso sin gloria al barrio. No fue fácil sobreponerse, intento tras intento, año tras año, hasta que organizó un equipo con chavitos y algún veterano para reforzar. Su fama atrajo pequeños pero importantes patrocinios que consolidaron al equipo. Eran años de promociones especiales y, en una de esas, contra todo pronóstico ganó el derecho a ingresar a tercera división. A falta de recursos, reclutó a muchachos como Banderas y Chimino para mantener la franquicia. El

resultado a él mismo le sorprendió y ahora, a los cincuenta y tres años, está en esta final que nunca imaginó.

Para reconcentrarse, grita y manotea. Sin temor al ridículo, por primera vez dirige con saco y corbata. El único traje que tiene. A su lado intenta imitarlo Armando López Garibay, preparador físico y auxiliar, apasionado hasta el exceso con su equipo; como ahora que berrea cuando los Coyotes están acorralados. Los aurinegros, estadio lleno, clima favorable, están ante su gente. Minuto veinte. Aquí sólo grito yo, canta el público.

El portero de Canizales, Chimino Escudero, cinta amarrada en la frente, guantes de la buena suerte, suda como nunca. Ubica a sus defensas y despeja con angustia. El Mudo auxilia, trata de romper el cerco. Pero no alcanza su posición. Los Correcaminos quieren ir al descanso con el gol que iguale el marcador global. Pegan de más; el árbitro no ve.

Desciende la temperatura pero no el calor de las porras.

De repente, un sonido seco. Poc. El travesaño salva a los Coyotes. Bola libre. Un pánico transitorio pero prolongado invade a don Fili. Poc. Alguien despeja. El entrenador consulta un cambio con su auxiliar, luego agita su libreta gris, grita, truena. Las porras están tras ellos y apenas se comunican. Frente a la banca caen vasos de cerveza desde la tribuna. Minuto treinta. “Es prematuro”, dice López Lopitos, como es nombrado a sus espaldas. El viejo decide aguantar. Exige a Cheché enfriar el juego, controlar la pelota, mantenerla a mitad de cancha. La ventaja sobre Correcaminos podría desaparecer en un tris. El Mudo toma el balón. Lanza un guiño a Cheché Ballesteros, que se corre a la derecha. El Mudo se desplaza por la izquierda, Cheché ha entendido la maniobra y acompaña la jugada. Repentinamente, el balón llega hasta él; Ballesteros alza la mirada y descubre que la defensa de Correcaminos está mal parada. Un cambio de juego la desequilibraría. Sabe que el Mudo viene en el ala opuesta y al fondo escucha al portero rival que grita desahogado, busca ayuda, zozobra en su soledad. El Mudo recibe el balón. Un defensa le da alcance y se barre a sus pies. El Mudo lo adivina y salta; sigue de frente. La cancha se está terminando. La mano de Marco Tulio se agita frente a la portería. Balón en el aire. Un frentazo. Un portero que vuela. Un guante que roza el balón. Nada es suficiente. La red se sacude, acuna a la esférica como una madre al hijo recuperado.

El estadio calla.

Marco Tulio grita.

—¡Gooool!

Hace un instante los Coyotes peleaban por sacudirse a Correcaminos, ahora están arriba. Dos goles de ventaja, marcador global.

Don Fili ve que Marco Tulio viene corriendo a la banca y, tras él, todo Canizales. El rostro del chamaco de Tacuba no contiene la sonrisa y la mirada de sorpresa. Vasos y hielos contra los visitantes. La porra local reacciona, el estadio es una jaula, un volcán, un infierno: ¡el huracán de todos tan temido!

Lopitos mira el reloj. Minuto cuarenta. Apenas.

Banderas regresa a su posición, corre con calma. Los Coyotes han dado la mordida. La porra mienta madres y el Mudo sonrío. El rival se revuelve contra la portería de Canizales, la pasión es furia, los tiros acribillan al portero y la cinta vuela. En lo alto del estadio las banderolas aurinegras vibran con violencia, y el ocaso en los muros del estadio.

El árbitro silba, suda su agotamiento.

Los Coyotes, playeras empapadas, tachones con sangre verde, se desmoronan sobre las bancas del vestidor, zafan espinilleras y aflojan agujetas. Lopitos reparte bolsas de agua fresca. Don Fili habla. Parece otro. En realidad es otro: ahora teme como nunca una derrota.

—Manejen la ventaja. Buendía, baja más. Cházaro, suéltate. Cheché y Banderas, cuiden la defensa. Marco, no te pares tanto. ¡Tenemos ventaja pero nos están apabullando!

—Es que el árbitro no marca nada, don Fili.

—¡Juéguesela ya; no quiero perdedores! —se entromete López Garibay, obcecado por una frase de su mujer: “El viejito Filiberto entrena, pero mi marido dirige”.

—Tranquilo. Si alguien pierde hoy, seré yo. Y tú, necesito que te calmes... Lopitos.

El auxiliar no puede sostener la mirada de don Filiberto y, en la rabia de su apodo, se ahoga en silencio.

—¡Duro, duro, duro!

Al clamar por sangre, el público anuncia que el juego está por reanudar.

—¡No olviden las indicaciones! —grita el entrenador mientras sus gladiadores se van incorporando al terreno de juego.

Cuando se reanudan las acciones, algunos coyotes han olvidado las palabras de Lopitos. A la mayoría, sin embargo, les pesa como sentencia: “no quiero perdedores”.

—¡Castro, Mauro y Toto... a calentar! —grita don Fili.

“No quiero perdedores”, resuena en la mente de Cheché mientras organiza líneas arriba y abajo. Su experiencia es tormento: en quince temporadas, siete finales; las ha perdido todas. Don Fili lo sabe y lo hizo capitán por respeto al guerrero: con treinta y cuatro años, probablemente esta sea su última temporada.

La gente está de pie en las tribunas, las banderas se agitan y las trompetas sueñan furiosas. El ocaso se torna sombrío. Minuto siete. Segundo tiempo.

El graderío enloquece cuando Correcaminos hace su primer cambio.

—Entra, con el número veintidós... ¡Rogeeelio Leeyva!

Hombre alto y fornido, veterano caro y bueno. Don Fili lo reconoce y, mientras lo mira desplazarse como un bisonte en celo, calcula si Castro podría con el paquete. Vuelve a su libreta, revisa esquemas, reflexiona, sopesa en la banca opciones y heroísmos.

Leyva, con balón dominado, se acerca como toro indomable. Chimino Escu-

dero recuerda que ese tipo le clavó tres goles a media temporada. “¡No soy un perdedor!”, piensa... y evoca uno por uno los tres tantos. “¡No soy un perdedor!”. El delantero se deshace de un defensa que muestra el susto en la garganta y, ya en el área, afronta a otro, que lo encara también inseguro. Leyva, como aquel tercer gol fantasma, lo recorta y queda solo ante Chimino. “¡No soy un perdedor!”, se jura el portero. Leyva dispara un trallazo mortal a la red.

El estadio retumba con la violencia del gol y la noche asoma sobre Saltillo.

Don Fili alza la mirada y no lo puede creer, apenas había entrado Leyva.

El goleador no pierde tiempo. Saca el balón de entre las redes y corre sonriendo a depositarlo en medio campo.

Chimino permanece hincado en el pasto. “No soy un perdedor”. Tiene veintidós años, cuatro de entregar toallas a cambio de propinas en el vestidor del gimnasio más exclusivo de Naucalpan; cuando los ejecutivos le arrojan la toalla desde las regaderas, él la atrapa en el aire para sentirse el portero Escudero. Pero esta vez, acaba de fallar. “No soy un perdedor”, y recuerda que Leyva le metió los tres goles en sólo medio tiempo.

Correcaminos recupera espacios. Otro gol igualará el marcador y cerrará la trampa para Coyotes. Restan treinta y seis minutos, granizo puro en la cara de Canizales.

El gol le pesa al visitante. Las palabras de Lopitos también aturden a Tulio cuando un manso balón rueda hacia él. Como un reto del azar ese baloncito huérfano. “No quiero perdedores”. Con furia, con miedo al fracaso, acepta el reto y controla la esférica. Y la voz de ella como un eco: “¿es cierto que serás campeón?”, él aquí y la mirada de ella, kilómetros allá; niña de ojos verdes, piel morena, amor utópico desde la adolescencia, amor en secreto; llegó la noticia de la final y por primera vez ella le habló, un par de visitas a la heladería, un encuentro en la biblioteca central. “¿Quieres ser mi novia?”, preguntó con terror, con ese miedo al fracaso de los jóvenes célibes. “Cuando vuelvas te contesto”. La prolongación del miedo. Poc. El balón golpeado con pánico amoroso se estrella en un poste (¡poc!) y sale. “¡Putá madre!”, entre el pavor y el llanto, rechina dientes Marco Tulio.

Don Fili no espera más y manda el cambio. Armando lo cuestiona y parece molestarse. Don Fili lo ignora. Entra Castro, un defensa implacable que no deja pasar ni el aire, hombre de experiencia, contemporáneo del Cheché Ballesteros, treinta y tres años de edad y catorce en el fútbol. El antídoto para neutralizar a Leyva sólo tiene un defecto: no aguanta más de cuarenta minutos en la cancha. Don Fili lo sabe, cuarenta minutos, no más. En caso de tiempos extras, se convertirá en un lastre. Pero algo debe hacerse.

La banca local, de pie, siente cerca el gol que empatará el marcador global.

“Diviértanse”, piensa el Mudo; “les vamos a ganar”. Guiña un ojo a Cheché, sabe que el viejo capitán se siente dolorosamente aludido por las palabras de Lopitos. “No quiero perdedores”. Banderas domina el espacio por un momento, juega con una sonrisa, inexplicable pero cierta: el hombre juega y disfruta, gambetea, abre túneles, evade barridas y pone balones. Cházaro y Buendía se acomodan, recuperan la con-

fianza, disparan más al arco y colocan en aprietos a la portería de Correcaminos.

El cielo oscurece, se ilumina con lámparas el estadio, las banderolas ondean.

Minuto catorce. Correcaminos mantiene la pelota y su tenacidad amenaza la diferencia. Canizales no se desconcentra, recupera el balón en media cancha. Lopitos mira con angustia el marcador: uno a uno, el global tres a dos, ventaja para Canizales.

Cheché deja la defensa en manos de Castro y se acopla con el Mudo en la media. Otra vez tocan balones para la delantera. La defensa de Correcaminos afloja, el Mudo los siente cansados. Pero cuantas veces Canizales gana espacios, los locales vuelven a la carga.

La gente en tribunas recurre a cohetones para amedrentar, vasos con orina para humillar, gritos incendiarios, banderas y trompetas de Jericó para derrumbar las murallas sitiadas del enemigo. Filiberto Andrade no aguanta más la corbata y la deja en la silla, quiere que todo termine. Movimientos que Lopitos imita con frecuencia. A veces se sienta, a veces camina. El viejo, a veces, quiere llorar.

Minuto veintiséis. Adalberto Morales, novato, sanguíneo, primera temporada con Canizales, cae en una provocación, golpea de más. Tarjeta roja. “Lo que nos faltaba”, piensan varios coyotes. Tiro libre directo. “Y desde qué lugar”, sufre en silencio don Fili. Chimino aguarda con la cinta amarrada en la frente. “No soy un perdedor”. Leyva se perfila. El portero recuerda que ya una vez metió tres goles. Silbido del árbitro. Golpe y balón atravesando el campo. Chimino se lanza. El balón pasa rasante y queda atrapado en la red. El gol de la igualada.

El rostro de Chimino contra el pasto. “¿De verdad dejarás de atrapar toallas?”. La víspera, los dueños del gimnasio le prometieron: “si resultas campeón, te convertimos en instructor de fútbol”. El sueño se desvanece; retornará a los vestidores y sólo cachará toallas el resto de su vida porque hoy, en Saltillo, no puede con los balones.

El estadio es una casa de locos. ¡El huracán comienza a cerrarse! La gente brinca y grita, enciende fuego, lanza bengalas y cohetones. Retruenan las trompetas. Jericó ha caído y aún hay tiempo para otro gol, para ganar de golpe la corona y conquistar el ascenso tan deseado. Un tambor solitario y significativo suena tocando una marcha de guerra.

—¡Sí-se-puede... Sí-se-puede...!

Filiberto Andrade se sienta en su desesperanza. Los Coyotes están a punto de ser tragados. Casi minuto treinta y ya el empate. Tres a tres. Con un hombre menos, se anuncia la carnicería. Peor si hay tiempos extras porque Castro comienza a boquear. El sueño de afamar al barrio de Canizales está por esfumarse. Y en su mente arde con lentitud, se evanece, la foto de sus muchachos en la sección de deportes. Las cámaras ahora corren hacia los aurinegros. Don Fili, a veces, quiere llorar.

Correcaminos domina, campea en su terreno, está crecido y quiere finiquitar el juego ahora que los Coyotes están desconcertados. Un gol más y Saltillo hará his-

toria; el Depo Canizales se irá al olvido. Castro, pulmones al límite, muslos al borde del calambre, comprende que es su última oportunidad de ser lo que siempre quiso ser: un gran campeón; y desde su agotamiento complica el ataque de los pajarra-cos. Cada vez hay más golpes y entradas fuertes, el árbitro se da cuenta pero finge demencia. Sin embargo, el veterano no se intimida y permanece en su posición. “Va por ti, Fili, va por ti”. Un fotógrafo ronda las bancas y descarga su metralla de luz en los rostros de los entrenadores.

Cerca de la línea central, el Mudo trata de rescatar un rebote, pero no alcanza la pelota que sale de la cancha frente al preparador físico.

—¡Pendejo, dije que no quería perdedores!

El Mudo hace como que no escucha. El árbitro se aproxima a Lopitos y lo expulsa. Intenta protestar y don Fili le dice con voz baja:

—No lo compliques más.

Entre lágrimas de rabia, pero con disciplina, Armando López Garibay se va.

El visitante atraviesa su peor momento en el partido. Depende de la serenidad de Ballesteros y el genio de Banderas. Uno joven, el otro veterano y experto. Ellos lo saben.

Minuto treinta y tres. Leyva (tres goles, tres) otra vez solo frente al portero, “no soy un perdedor”, cruza la bola que Chimino apenas desvía y la angustia rueda buscando las redes. Casi en la línea, casi acalambrado, Castro salva a Coyotes y despeja con el dolor quemándole la pantorrilla izquierda.

—No somos perdedores, carnal —escucha a su portero tocándole los hombros.

El despeje es controlado por Cheché, que se da tiempo, calma, serenidad para el equipo. Arma juego, enfría la pelota, gasta tiempo. Control de reloj y balón, el truco es esperar. Pero los locales, cuando recobran la bola, amenazan a Chimino, que se multiplica, con un Castro renqueante que saca el colmillo y, sin correr, estorba en las acometidas.

Correcaminos quema su último cartucho: sustituye a un medio por un delantero. Busca el gol ahora. El público, enardecido, no quiere tiempos extras. Minuto treinta y ocho.

El fotógrafo, *flash* importuno, captura a don Fili bañado por un viento helado, que no para de caminar, que arroja el saco a la silla, que ha perdido su libreta de apuntes, y que alza la voz pastosa y concentrada.

—¡Regresen al juego, ríñense más, carajo!

Está advertido por los médicos. “Tanto caminar de un lado a otro trae consecuencias al talón, Fili, cuídate, quédate sentado en la banca”. El talón. Aquella media tijera. Una vida arrastrándola como su peor enemigo; invisible, pero siempre presente. Aquella media tijera.

Un sonido siniestro lo devuelve al estadio.

Poc.

El travesaño salva a Canizales. Alguien despeja y Chimino le da las gracias.

Los tiempos extras parecen inminentes.

La bola llega al Mudo, playera renegrida, sonrisa agotada. “Estos cabrones no se dejan”. Minuto cuarenta y cuatro. Ve que Castro ya no puede y, en tiempos extras, serían nueve contra once. “Esto se puso bueno”. Se anuncia el tiempo de compensación. Dos minutos.

El Mudo retiene el esférico en media cancha. Lanza un pase perfecto al otro lado. Cheché recibe, levanta la cabeza, avanza seguro, la defensa lo encara. Marco Tulio grita. “¡Acá, acá...!” Cálculo infinitesimal en un instante y Cheché decide darle jugada. Tulio, terror al fracaso, toma su pelota rodeado por tres hombres. Manda pase hacia una esquina donde lo toma el Mudo, quien rápido entra al área grande con un guardián pegado hombro con hombro. Cházaro está cerca, hacen una pared y el Mudo recupera el balón. La defensa local no se desarma. Banderas no ve por dónde pasar y juega de nuevo con Cheché, el capitán de siete finales perdidas. Un par de rivales le tapa la salida. Ballesteros levanta la mirada y manda un pase al centro, pelota a media altura. El Mudo está solo frente a la portería de Correcaminos. Por un nanosegundo evoca a don Fili y su viejo recorte en vestidores, su amuleto: la foto que le dio la vuelta al mundo: Negrete ejecutando un gol de media tijera, imagen parecida al instante que cambió la vida de don Fili. Su viejo talón.

Y al nanosegundo siguiente, el Mudo levanta su cuerpo girando en el aire, hace una media tijera, su pie alcanza la pelota y remata.

Un fotógrafo con *flash* captura a un portero que vuela mano en lo alto.

A un defensa que alza al máximo su pierna.

A una red pasmada. A una pelota ahí.

A un portero en el césped.

A un estadio en silencio.

Y a un Mudo que grita:

—¡Gooool!

El árbitro consulta su cronómetro: diecisiete segundos. El abanderado acredita el gol.

Filiberto está detenido en el tiempo de la jugada, la media tijera sigue en sus ojos. Años atrapados en un instante regresan, uno tras otro. La media tijera dominada, superada y hecha gol. No escucha el silencio de los vencidos, ni el pitido final. Ni nada. Una lágrima suya cae sobre Saltillo porque, a veces, don Fili logra llorar.

—¿Qué se siente? —pregunta la cámara de una televisora local.

—Es como ganar una copa del mundo.

MOISÉS PEÑA BALLESTEROS. ES licenciado en Letras Latinoamericanas por la Universidad Autónoma del Estado de México. Labora como profesor de asignatura en el Instituto Franco Inglés de México y ha participado como ponente en diversos coloquios y congresos de estudios literarios. Publicó el cuento “Carta a Clementina” en el número 47 de *La Colmena*.

Correo-e: clemente_500@gmail.com

Recibido: 9 de noviembre de 2015

Aprobado: 25 de enero de 2016